

Entrevista al politólogo Armando Chaguaceda

Nos encontramos ante un dilema de gobernabilidad

Por LENIER GONZÁLEZ MEDEROS

A medio siglo de la entrada del Ejército Rebelde en la capital de la República, el país vive uno de los momentos más especiales de su historia. A la cercanía del traspaso generacional en la conducción de los destinos nacionales, se suma una larga lista de desafíos económicos y políticos. Además, en el ámbito social, se patentiza la emergencia de una gran pluralidad social que pugna por poder expresarse. Armando Chaguaceda, joven politólogo e intelectual de izquierda, es un atento observador de estas realidades y ha aceptado el reto de dialogar sobre ellas con *Espacio Laical*. Nuestro entrevistado es miembro de la Cátedra de Pensamiento Crítico y Culturas Emergentes Haydeé Santamaría -de la Asociación Hermanos Saíz-, e integra el Consejo Editorial de la revista OSAL, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Ha sido docente de Historia de América e Historia Contemporánea en el Instituto Superior Pedagógico de la Habana; y profesor de Historia Universal, Historia del Pensamiento Político y Teoría Política en la Universidad de la Habana.

- Cuba se encuentra viviendo uno de los momentos más especiales de su historia. Los desafíos son grandes y muchos, algunos de ellos de nuevo tipo en el contexto insular. ¿Cuáles de las actuales realidades de la nación cubana despiertan su preocupación?

Me haces una pregunta muy abierta sobre un tema extenso y de muchas caras, así que trataré de responderte con trazos grandes y, por fuerza, incompletos. Creo que medio siglo es una excepcional coyuntura que promueve un balance obligado, máxime cuando el legado de la Revolución cubana persiste como paradigma de alto capital simbólico para la izquierda latinoamericana. Porque, con la prehistórica excepción de las ultraderechas, es un hecho ampliamente reconocido que en nuestra Patria se produjo, hace medio siglo, una Revolución radical liderada por representantes de la clase media con amplia participación popular, que implicó una masiva movilidad social y un cambio total del sistema político, y un enfrentamiento frontal con las políticas del imperialismo. La cubana fue, como diría Charles Tilly, una de esas revoluciones donde “las divisiones son profundas, los enfrentamientos masivos, las transferencias de poder radicales y las consiguientes transformaciones de la vida social amplias y duraderas”.

Cincuenta años después el cuadro es otro. El escenario presente está marcado por un cambio de gobierno (y métodos) dentro de una continuidad de régimen y estrategias. Algo clave para cualquier análisis que se desee hacer es atender el nexo entre las amplias expectativas levantadas (que proyectaron en 2007 apreciables cotas de legitimidad y popularidad al nuevo Presidente), el carácter no estructural, limitado en temas y profundidad, de las medidas concretas tomadas y la percepción de que se agotan los plazos disponibles para cumplir las expectativas populares.

Como trasfondo destaco dos temas cruciales a atender con urgencia. Uno es el decrecimiento demográfico, como tendencia al parecer poco reversible (aunque episódicamente detenida este año), consecuencia de nuestras exitosas y sostenidas políticas sociales (alta esperanza de vida y bajas tasas de maternidad en un sector profesional feminizado) y de un incremento de la emigración. En este último tópico no se perfila aún una transformación acorde con los nuevos tiempos, que sustituya las políticas migratorias *ad hoc* por una legislación migratoria no manipulable y transparente, capaz de combinar las expectativas y derechos de la gente con las necesidades socioeconómicas del país. Creo urgente una transformación que propicie relaciones más fluidas, para aprovechar un capital social formado por la Revolución, en cuyo seno son cada vez más escasos los burgueses recalcitrantes, y mayor la vocación de diálogo, el rechazo al bloqueo estadounidense y los deseos de visitar o ayudar a su familia.

El otro tema es el de la igualdad. Hace unos años nadie señalaría éste como un asunto relevante a debatir, dados los trascendentes logros sociales de la Revolución en materia de seguridad social, equidad y protección de sectores particularmente vulnerables. Desde nuestra academia, voces lúcidas como Mayra Espina, María del Carmen Zabala y algunos colegas más jóvenes han señalado desde hace años la incidencia social de este fenómeno. Pero hoy, ante la merma de recursos materiales y la legitimación rampante de nuevas desigualdades, las políticas justicieras están bajo fuego. Se habla con desprecio de lo “igualitario” sin que se aterrice en reflexiones sobre acciones concretas para corregirlo sin implicaciones en la mayoría trabajadora. Se escribe con ligereza e irrespeto de desacostumbrar a la población al paternalismo del Estado, ignorando que éste ha generado esa mentalidad pasiva y ha bloqueado sistemáticamente formas no antagónicas de iniciativa personal (como la cooperativización urbana), satanizando en el discurso “políticamente correcto” palabras como emprendimiento, negocio, prosperidad. Por último, parece que se olvidan las implicaciones que, para la gobernabilidad, pueden tener el recortar prestaciones sin ampliar la gama de derechos, ejercibles y disfrutables, dentro del esquema de Contrato Social que suscribimos con nuestro Estado durante las pasadas décadas. Al final hay que recuperar lo que cantaba Buena Fe, suerte de vocero popular de nuestra juventud no enajenada, hace unos años: “no me regales más nada, déjame ganármelo yo... no me lo cobres luego a pedradas”.

- ¿Qué caminos se esbozan desde el Estado para procurar encauzar políticamente estas realidades?

Percibo algunas medidas positivas, que se enmarcan dentro de estrategias mayormente reactivas, sin una visión clara de proyecto de futuro. La entrega de tierras en usufructo, los ajustes en política salarial, el estímulo a la producción de alimentos y a la sustitución de importaciones, la eliminación de prohibiciones —superadas por la historia— en la esfera del consumo son algunos de estos pasos positivos.

Sin embargo, persiste un ordenamiento vertical y centralista (que fusiona Estado, Gobierno y Partido según el canon del socialismo del siglo XX) que apuesta por reformas tecnocráticas de la institucionalidad e impide la construcción de un Estado de derecho. Además, aunque hablamos todos los días de nuestra “democracia participativa”, se priorizan formas de participación consultivas, espacialmente focalizadas en barrios y centros laborales desconectados entre sí. Participación temáticamente parroquial, que promueve discutir sólo lo que pasa dentro del radio de acción local, aunque sus causas, manifestaciones y soluciones pasen por dimensiones nacionales. Así se fragmentan y capturan institucionalmente (sin retroalimentación) los debates populares varias veces convocados, lo que explicaría una tasa decreciente de entusiasmo y confianza en los participantes.

Tenemos una institucionalidad sobrecargada, que debe responder simultáneamente a demandas crecientes (apertura, competitividad) derivadas de la inserción en un orden global lamentablemente neoliberal y presiones silenciosas (y no tanto) de una población cada vez más diversa y envejecida. Nos encontramos ante un dilema de gobernabilidad: no se puede prolongar, sin sustento económico, el oneroso sostenimiento de las prestaciones sociales universales, pero tampoco disminuir la extensión o calidad de aquellas sin atentar contra dos pilares básicos del consenso popular y del ideario revolucionario: soberanía nacional y justicia social.

Frente a este panorama todos los diagnósticos y propuestas serios coinciden en la necesidad de acometer, sin dilaciones, reformas profundas, que eleven la viabilidad económica, la inserción de los nuevos actores y democratizen, mediante, las relaciones políticas disminuyendo la opacidad y discrecionalidad con que opera el poder estatal. Ello puede tener variantes demoliberales o socialistas, en dependencia del contenido de clase y el peso específico que ocupen en la agenda factores que van desde el valor otorgado a la soberanía nacional o la defensa de formas de distribución de la renta que benefician a los millones de compatriotas desfavorecidos.

- ¿Cuáles son las iniciativas más interesantes y novedosas que emanan de nuestra sociedad civil en virtud de lograr una solución a dichos problemas? ¿Cómo se expresan estas iniciativas desde los diferentes ámbitos?

Lo primero es reconocer la sociedad civil como un espacio material, sociológica y culturalmente atravesado por dos rasgos: diversidad y asimetría. En ese sentido, vemos que en Cuba hoy se mantiene una relación asimétrica, donde el Estado, acompañado por las asociaciones paraestatales, posee infinitamente más recursos materiales y detenta el control de zonas claves (medios masivos, instituciones garantes de derechos) de lo social, aunque crece el alcance de las redes informales (mercado negro, solidaridades comunitarias, familias) y parece indetenible la expansión de nuevas tecnologías e identidades (grupos culturales, bloggers, tribus urbanas, etc.).

En la dimensión cultural de lo asociativo debe reconocerse que el “desconecte” de la Cuba institucional respecto a las nuevas experiencias de la sociedad civil progresista, aliadas de nuestro gobierno, incide en nuestro presente y obedece a causas profundas. Nuestra cultura política oficial (que no es privativa del liderazgo histórico) proviene de la matriz izquierdista radical del siglo XX, cuya membresía militó en partidos de estirpe leninista o movimientos guerrilleros que tenían la “toma” y el sostenimiento del poder estatal como meta suprema. Despreció lo *procedimental* y las mediaciones institucionales dentro del proceso político, identificó el sujeto colectivo como “masas” y lo encuadró en campañas decididas desde la “vanguardia”. Y en ese esquema, la autonomía, la autogestión y el liderazgo colectivo, claves para una sociedad civil democrática, no tienen mucho espacio.

- ¿Cómo influye el ciberespacio en el actual contexto?

Influye hasta donde el acceso a un servicio discrecionalmente otorgado por agencias del Estado a ciertas categorías poblacionales (y dentro de estas, algunos elegidos) lo permite. O hasta donde las redes informales (correos colectivos, memorias *flash*) atraviesan la frontera de lo controlado o censurado. Creo que hay que defender que no sea el dinero quien garantice la accesibilidad de mayorías a TICS, por eso cibercafés, laboratorios en escuelas y los Joven Club de Computación (en nuestro caso) son fórmulas valiosas a preservar. Eso es comprendido hoy por gobiernos progresistas, aliados del cubano, como los de Lula o Chávez, en sus ambiciosos planes sociales.

Pero sin un acceso familiar o individual irrestricto, con filtros a simples páginas informativas (y no hablo de las páginas Web de Alpha 66 o Al Qaeda), con castigos disfrazados de sanción administrativa a quienes aprovechan su acceso institucional para participar en los debates socialistas que nuestra prensa impresa ha vedado, con el empleo indiscriminado y sesgado de términos confusos como “terrorismo mediático”, en fin, con una política informática sesgada que refuerza las limitaciones técnicas de conectividad derivadas del bloqueo yanqui, el impacto ciudadanizador del ciberespacio se verá limitado o distorsionado, generando las actuales expresiones de intolerancia, desconfianza y descalificación.

- ¿Qué otros espacios públicos de la Isla logran mostrar estas inquietudes?

Creo que, dentro del espacio formal, las asociaciones e instituciones culturales (la Asociación Hermanos Saíz (AHS), la UNEAC, el propio Ministerio de Cultura) logran proyectar una voz más acorde -y casi solitaria- a la diversidad social actual. Alguien puede reducir el asunto a decir que estas operan como mecanismos para facturar hegemonía y legitimidad, dando cierto espacio a un segmento crítico intelectual capaz de garantizar canales creíbles de diálogo con el sector pensante de la solidaridad con Cuba. Eso es parcialmente cierto. Pero también lo es que para mantener abiertos estos espacios ha incidido la voluntad de intelectuales-funcionarios como Abel Prieto o Alfredo Guevara, opuestos al estalinismo, y el compromiso agónico de personas excepcionales (en el más amplio sentido de ese calificativo) como Desiderio Navarro.

Los límites de nuestros espacios institucionales están dados, por ejemplo, en la celebración de escasas reuniones internas cada año, en el peso decisivo que los miembros de las instancias nacionales disponen, en la celebración de debates a puertas cerradas o por invitación sobre temas cruciales de la cultura o la sociedad, debates que luego no se socializan en los órganos de prensa de las propias asociaciones e instituciones.

Hay ejemplos diversos. Creo que la AHS, bajo la actual dirección, ha logrado mantener un equilibrio donde valores y prácticas de la base, democráticas y plurales se han preservado, en equilibrio, frente a las tendencias funcionariales. Se ha procurado *deshabanerizar* el trabajo de la asociación, lo cual es muy positivo y esperanzador. También encontramos, a medio camino entre lo institucional y la informalidad, el proyecto *Criterios*. Este ha sido fruto de una mezcla de calidad intelectual enciclopédica, desprecio a carencias materiales, valor para enfrentar zancadillas y envidias institucionales o personales (mezcla de ambas) y pertinencia de convocar una

solidaridad que haga costosas las censuras individuales.

Fuera de los espacios formales, diversos colectivos artísticos (peñas, estudios y grupos de Hip Hop, Trova o Teatro Callejero), empeños editoriales (*Esquife*), proyectos comunitarios con educación popular y ambiental (La Marina, El Guardabosque), talleres de pensamiento social como el *Revolución Cubana* del Centro Juan Marinello y la Cátedra Haydeé Santamaría, redes como el Observatorio Crítico, espacios de defensa de la identidad como Color Cubano y la Cofradía de la Negritud...

Estos espacios han ofrecido respuestas parciales a los fenómenos de una sociedad crecientemente heterogénea y despolitizada, que sufre el impacto de la nuestra inserción intrínsecamente desigual dentro de los patrones socioculturales de la globalización neoliberal, algo tentativamente combatido mediante las políticas sociales y la hiperideologización formal. Dichas iniciativas constituyen una suerte de “microesferas públicas culturales”, cuya peculiaridad está marcada por la no reducción de su actividad al debate ilustrado, sino a la voluntad de generar intervenciones en espacios territoriales o en segmentos de población (adolescentes y jóvenes, por ejemplo) mediante prácticas de autogestión y construcción de consenso alternativas. Y en ello han debido contar con un abultado expediente de acompañamiento, respeto u oposición estatales.

- Tu generación y la mía tienen una deuda grande con el proyecto *Temas*, y por transitividad, con la figura de Rafael Hernández. Creo que la gran virtud de este espacio ha estado en afirmar con hechos —contra viento y marea, y casi hasta el delirio— que es posible hacer las cosas de manera distinta en el país, que es posible el debate en Cuba, si ante todo ponemos el respeto al otro. Ha sido una experiencia civilizatoria, empeñada en crear ciudadanos mejores. Es por ello que no puedo dejar de preguntarte, ¿qué opinas acerca de las recientes reacciones contra la figura de Rafael Hernández y la revista *Temas*?

Voy a responderte como hice, primero, en mensajes personales a Rafael y después en mi columna de *Havanatimes* (www.havanatimes.org). Entonces dije (y lo sostengo textualmente) que no me sumaría a la denuncia fácil y perversa de las supuestas “complicidades oficialistas” de *Temas* y su esforzado equipo gestor, cuya labor trasciende a la persona(lidad) Rafael Hernández y sus debatibles sentencias sobre el “ciberchancleteo”, término que no me gusta por inexacto y de tufo elitista y despectivo.

Como tú, defendiendo a *Temas* y su espacio porque, como es mi propia experiencia, numerosas voces críticas dentro de Cuba (que no sólo brotan a partir de permisos o disidencias) han contado en las páginas y foros de la revista con plataformas de proyección, a pesar de los disgustos de quienes sueñan con eliminarlos y dirigir el país con la marcialidad de un campamento. Otra vez ratifico mi idea que medios (como *Temas*) y espacios (como *Último Jueves*) de explícita vocación de debate público se constituyen y operan a partir de ciertas reglas mínimas que sus organizadores y participantes deben garantizar y defender ante saboteadores internos o exógenos, sencillamente porque otorgan razón a su existencia. Pienso que los espacios deben existir en su diversidad sin fusionarse o solaparse, aunque deben tender a una solidaridad articulada que amplifique los efectos aislados de cada uno y los defienda (opinión pública mediante) de las clausuras institucionales.

Ahora bien, sigo convencido de que el problema de fondo es la falta de transparencia de nuestros espacios deliberativos, así como las reglas de juego que consagran la asimetría de recursos, poder y medios de difusión de ideas, entre una sociedad porosa, diversa y creativa, por un lado, y una mayoría de agencias estatales ignorantes de la lógica política y comunicacional del siglo XXI. Aunque la pluralización de medios de difusión de ideas y el creciente poder simbólico favorecen tendencialmente a la primera, asistimos a espacios precariamente defendidos (mediante una combinación de auto-silenciamiento y beligerancia) por verdaderos comunistas y otros ciudadanos, en contra de las provocaciones mediáticas y las guerras de baja intensidad desarrolladas contra la precaria esfera pública cubana por parte del pensamiento estalinista y su correlato de ultraderecha, dentro y fuera de la Isla.

Además, la composición del público que asiste a espacios ilustrados de debate da cuenta de la concentración del capital cultural en determinados estratos poblacionales, donde al decir de un amigo, también se reúnen el capital económico y el social, multiplicados los tres por la herencia del linaje y la endogamia.

Una alerta muy importante: ciertamente los desafíos son enormes pero creo que nuestros gestores y movimientos socioculturales deben evitar “mantener los espacios” vaciando sus sentidos. Porque sostener un foro estéril no sirve sino para legitimar los autoritarismos, exclusiones y decorar la censura al pensamiento crítico, aparentando lo inexistente: pluralidad, respeto y diálogo como condiciones generales de la convivencia social y no privilegios gremiales. Allí creo que un falso debate hace más daño que el “ciberchancleteo” desesperado.

- ¿Cuáles deben ser las actitudes que deben primar en todos estos nuevos protagonistas de la gestión pública cubana para lograr un futuro más equilibrado?

En el contexto y coyuntura cubanos, de regimentación del pensamiento, el mero sostenimiento coherente de esos principios es difícil y suficiente; no se necesita sobredimensionar el actuar y los objetivos de dichos proyectos. Una revista no es un movimiento social, aun cuando sería muy saludable que en sus foros emerjan y se articulen identidades y acciones postreflexivas.

Son las personas concretas las que, autónomamente, pueden garantizar la existencia viva de estos espacios —de rol necesariamente acotado— y, trascendiéndolos, incidir en espacios públicos con vocación transformadora. Podemos comenzar con pequeñas actitudes: la denuncia de cualquier agresión física o verbal que busque acallar, sin argumentos, las voces del otro —siempre que este no sea a su vez, explícito promotor o portador de violencia—; el rechazo a la política de exclusión física de los espacios deliberativos, a la descalificación personal como sustituto del debate y la represión político administrativa de ideas y portadores.

Dentro de la comunidad académica regional (y El Observatorio Social de América Latina ha analizado exhaustivamente este tópico) hablamos de la “criminalización de la protesta social” por el llamado “neoliberalismo de guerra”, convertido en pensamiento único y sentido común en la Latinoamérica durante los pasados 20 años. Paradójicamente, nuestro desafío en Cuba es enfrentar cotidianamente la “penalización de la opinión”, algo que antecede incluso al acto o la protesta, como condición de posibilidad para una política deliberativa socialista que no “compre el pescado cogiendo miedo a las espinas”.

Un análisis de nuestra vocación a la autocensura, incluso aquella que no nace del temor a represalias personales, sino a “hacer juego al enemigo”. Muy probablemente en esta entrevista incurra yo en algunos de esos errores, y espero seas implacable al igual que los lectores,

con lo que perciban como tibieza o lenguaje elíptico. Creo que la autocensura tenderá a desaparecer o deslegitimarse como tendencia generacional de nuestros intelectuales progresistas, porque la fe en la rectificación futura de los “errores” por una “Revolución” capaz de premiar cierta “lealtad” tiene claras fronteras temporales. Porque sostenerla pudo (y puede) ser legítimo y honorable para militantes sesentones, a menudo nuestros maestros ejemplares, socializados en la fase revolucionaria, ascendente, masivamente liberadora, de nuestro proceso. Pero aconsejarla y enjuiciar en base a ella los actos juveniles de rebeldía -a menudo inspirados en el espíritu, prédica y ejemplo de aquellos patriarcas- puede ser, cuando menos, tan irresponsable como impulsar al barranco a los discípulos.

Una pauta de decencia debe ubicar su sitio entre los extremos del amaestramiento ante la soberbia institucional y la ruptura protagónica como acto desesperado. Invoco ahora las ideas de un colega que, rectificando mis clichés, me recordaba hace poco que en un contexto de promoción del silencio y la crítica inocua como el nuestro, aquellos que critican se convierten, por lógica natural, en protagonistas. Porque en su cinismo desmovilizador el pensamiento dogmático sabe que la única forma en que existen los protagonistas críticos es que cuando nadie más crítica. Por ello es que los *Pavones* recurren a las acusaciones de protagonismo como intencionalidad psicológica: para culpar, aislar y desmovilizar. De tal suerte, la única forma de eliminar el protagonismo sería fomentar y hacer masiva la práctica crítica: así el *protos* hablante no se destacaría sobre el fondo del *demos* callante.

Para suscribirse al *Suplemento Digital*, enviar su e-mail a:

espaciolaical@arzhabana.co.cu

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org,
y adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso)
e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

CRÉDITOS: Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga y Lenier González. // Diseño: Ballate-ManRoval